

# REFLEXIONES EN TORNO AL ENTENDIMIENTO DE LO HUMANO QUE SE REALIZA A PARTIR DE LA LOGOTERAPIA<sup>1</sup>

Carlos A. Rivas

## RESUMEN

Resumido el trayecto, empecemos con una frase famosa: *El ser humano es un ente "bio-psico-social"*. Eso es lo que viene a la mente de muchos cuando se les pregunta acerca del ser del Hombre. Sin embargo, ¿qué implica sostener tal cosa? Primero, siguiendo al prefijo 'bio', que cada uno de nosotros es, en principio, un *organismo*: células integradas en unidades aún mayores, que conforman sistemas relacionados a través de secreciones glandulares. Desde esta dimensión, somos iguales al resto de los vivientes; nacer, crecer, reproducirse y morir serían nuestras características definitorias.

El objetivo de esta ponencia es delinear el planteamiento antropológico que se halla en el pensamiento de Víctor Frankl. Para esto, partiremos de ese enunciado que, gracias a la repetición, ha hecho que obviemos lo más característico de la situación humana. Es decir, iniciaremos el recorrido mostrando las fuerzas que nos limitan, para concluir, desde la logoterapia, que lo esencial de nuestra naturaleza está, precisamente, en *la posibilidad de ir más allá de aquello que nos*

1 Ponencia presentada en la UCAB el día 8 de Mayo de 2001, en el marco de las jornadas "El hombre en busca de su destino: vigencia de la logoterapia de Víctor Emil Frank", organizado por la "Cátedra Fundacional de Antropología Filosófica Víctor Emil Frank".

*condiciona*. En pocas palabras, diremos que lo humano, para Frankl, consiste en eso que tiende a olvidarse desde cualquier aproximación positivista, a saber, que tenemos la capacidad de trascender el encontrarnos fijados de antemano.

Resumido el trayecto, empecemos con una frase famosa: *El ser humano es un ente "bio-psico-social"*. Eso es lo que viene a la mente de muchos cuando se les pregunta acerca del ser del Hombre. Sin embargo, ¿qué implica sostener tal cosa? Primero, siguiendo al prefijo 'bio', que cada uno de nosotros es, en principio, un *organismo*: células integradas en unidades aún mayores, que conforman sistemas relacionados a través de secreciones glandulares. Desde esta dimensión, somos iguales al resto de los vivientes; nacer, crecer, reproducirse y morir serían nuestras características definitorias.

Pero, según el aserto analizado, somos más que eso. De allí la partícula 'psico'. Con ella se dice que los humanos son organismos que, además, se comportan. Su conducta obedece a ciertas pautas que son comunes para toda la especie, las cuales, según algunos, pueden ser similares a las que siguen los animales. Pese a la comparación, lo peculiar de este plano se ubica en que, de esos procesos generales, resulta una experiencia personal de vida que es única; un modo de responder que es distinto al del resto de nuestros congéneres. Así, desde lo psicológico, se asume que somos *individuos*: aún siendo iguales, nos diferenciamos el uno del otro.

Finalmente, hablemos de lo que implica la palabra 'social'. A primera vista podemos decir, llanamente, que somos seres gregarios, de esos que se necesitan mutuamente para subsistir. Traigamos a colación el planteamiento de Arnold Gehlen (1988) quien, entre otros autores, complementa este enunciado. Él sostiene que los humanos, en virtud de nuestra morfología, hemos desarrollado una "segunda naturaleza", un complemento indispensable para canalizar las pulsiones y para saber, entre otras cosas, cómo satisfacer nuestras necesidades. Dicho de otro modo, hemos generado un conjunto de prescripciones, conocido como cultura, del que procede la forma humana de la existencia.

Este añadido, ese *cuerpo histórico-social* como lo llaman algunos (veáse Desiato, 1999), emerge de la interacción entre *homo sapiens*; gracias a que éstos desarrollaron un lenguaje común que les permitió comunicarse, el entorno natural se transformó en un mundo humano: un espacio en el que los objetos, incluidos aquellos que hablan, poseen significados. De allí que podamos decir, desde esta dimensión, que somos *actores sociales*: ejecutantes de un guión que regula lo que hacen los miembros de un grupo.

Hasta aquí, hemos delimitado, someramente, las tres dimensiones que nos definen de acuerdo con el clisé mencionado. Demos ahora un ejemplo para ir articulando los tres planos: debido a la carencia de vello, necesitamos protección contra el frío. Esto es algo del orden biológico: ante temperaturas muy bajas podemos, en el peor de los casos, morir. A la vez, y sin llegar a estos extremos, cada uno de nosotros tiene una experiencia distinta ante el frío; a algunos les agrada, a otros les disgusta y a unos poquísimos podría desencadenarles un ataque de pánico, por nombrar una posibilidad un tanto extraña. A esto se refiere lo psicológico.

Yendo más allá de la reacción que cada uno pueda tener ante este estímulo, nuestra cultura dispone de un repertorio de respuestas posibles y de un conjunto de valoraciones para las actuaciones concretas que se relacionan con el descenso de la temperatura. Así, cuando hace frío, es común que llevemos suéteres; ustedes dudarían de mi cordura si, en vez de usar uno de estos, me apareciera por la universidad con una cobija encima. Precisando lo dicho hasta ahora, requerimos cubrir nuestro cuerpo, pero el modo en el que lo hacemos varía a lo largo de la historia y de las culturas, en función de los distintos mandatos que cada grupo tiene para definir el modo correcto de compensar la falta de pelaje. Más aún, estos imperativos inciden en la opinión que cada cual tiene sobre sí y sobre los demás y, en consecuencia, sobre la conducta que exhibimos.

Sigamos con la ropa, para mostrar qué se nos escapa al definir al ser humano como ente “bio-psico-social”. Si prestan atención, notarán que casi todos llevan, o hemos llevado, *blue jeans*. Hace cosa de unas décadas, esto era un privilegio masculino; las mujeres no podían llevar

pantalones. Para ustedes, esto puede ser una novedad, algo que sólo podría pasar en un país islámico. Pues bien, lo cierto es que la equivalencia entre hombres y mujeres se ha vuelto real, incluso en Occidente, tan sólo de un tiempo para acá. Ciertamente ha sido porque nuestra sociedad ahora es otra, distinta de la que era antes. No obstante, no debemos simplificar el asunto apelando a la noción de proceso social; los procesos sociales, en última instancia, son el resultado de acciones concretas de personas concretas. Es decir, que cualquier cambio en algún aspecto específico de la condición humana supone la idea de la libertad.

Ya se perfila el quiebre de la definición analizada: deja de lado la posibilidad de trascender los límites dentro de los que toma forma la existencia. De ser meros entes “bio-psico-sociales”, estaríamos condenados a la *facticidad*, a estar allí, en el mundo, de modo objetivo: siendo organismos que, en virtud de la palabra, se transforman en individuos que actúan según los cánones de la cultura que los habitó. Fin de la historia. Cualquier futuro ya estaría escrito por las instancias que, supuestamente, agotan la especificación de lo humano. No habría fundamento para soñar con otras opciones, mucho menos para intentar implementarlas. Siguiendo el ejemplo, hubiese sido impensable la redefinición de los roles tradicionales del hombre y la mujer, así como cualquier otro tipo de cambio pues, en definitiva, no habría espacio para creer que, a partir de unas circunstancias concretas, estamos en capacidad de resolver, para nuestra vida, algo distinto a lo ya establecido.

Ahora bien, para Frankl (2000; p. 75), “ser hombre significa decidir siempre lo que he de hacer de mí mismo, y esto a su vez significa asumir la responsabilidad de eso que he hecho de mí mismo”. Noten como nuestro autor coloca el énfasis sobre la idea de la libertad. Esto no significa que en nuestras manos estén todas las posibilidades: la libertad humana no acontece en el vacío; ella ocurre/dentro de los límites que, como hemos visto, imponen las condiciones biológicas, psicológicas y sociológicas. Así, es cierto que nuestra existencia transita dentro de parámetros claramente definidos (una escenografía orgánica, una historia de vida, un entorno sociocultural), pero esto no niega que exista, además, la

capacidad para cambiar el lugar que ocupan esas limitaciones. En síntesis, desde la logoterapia se piensa que el ser humano “es un ser que siempre decide lo que es. Un ser que alberga en sí la posibilidad de descender al nivel de un animal o de elevarse a una vida acendrada” (Frankl, 2000; p. 268).

Este es el aporte de Víctor Frankl. Añade una cuarta dimensión para la comprensión de lo humano (Oro, 1989). Reconoce un plano espiritual, referido a la *autoconciencia*, donde se manifiesta la nota que diferencia al conjunto de todos los hombres y mujeres del resto de la naturaleza. Cada uno de nosotros, así lo plantea la logoterapia, puede ir incorporando elementos que, al principio, nos son desconocidos. Ese es el privilegio, o la condena, propia de los seres humanos: “la conciencia de lo que le acontece constituye la dignidad de lo humano. Y siempre está en manos de cada hombre pisotear esa dignidad o mantenerla” (Frankl, 2000; p. 269).

Más aún, la antropología frankliana no se queda en aceptar que podemos ampliar el rango de la conciencia; va más allá, afirmando que nuestra peculiaridad está en lo que él denomina *voluntad de sentido*. De allí la frase con la que se identifica a la logoterapia: “el hombre es un ser que se encuentra en constante búsqueda de sentido” (Frankl, 2000; p. 63). En principio, esta necesidad tiene que ver la significación que un individuo particular otorga a un evento específico. En palabras de Frankl (2000; p. 71),

*el sentido al que se refiere siempre la logoterapia es el sentido que se oculta en la situación concreta que afronta una persona concreta. Se trata de un sentido potencial, es decir, un sentido que necesita ser actualizado justamente por la persona en cuestión, que se siente invitada a escuchar la “llamada” que parte de él.*

A estas alturas, no puedo dejar de objetar la interpretación usual que se hace de este enunciado. Que el sentido se oculte, no quiere decir que sea algo que reposa fuera, independientemente del sujeto. Antes bien, el sentido es una transacción entre la objetividad con la que se presenta una situación y la capacidad de un individuo para trastocar

esa imposición. Ricoeur (1998; p. 26) lo coloca en estos términos: el sentido es la unión de la “función de identificación”, eso que un evento indica por sí mismo, con la “función de predicación”, lo que representa para aquél que se encuentra en situación. Dicho de otro modo, es la articulación de eso que un acontecimiento, en cuanto estructurado dentro del lenguaje, muestra, más la lectura que alguien hace desde la trascendencia, desde la posibilidad de su superación.

Dar sentido, entonces, es hacer uso de la libertad, para descubrir posibilidades sobre el fondo de una realidad. Entre otras cosas, implica preguntarse ¿cuáles son mis circunstancias?, ¿qué me cabe esperar de esta situación que vivo?, ¿puedo describirla, puedo cambiarla?, ¿hasta dónde podría llegar para hacer tal cosa?, por nombrar inquietudes que suelen resultar iluminadoras. En resumen, dar sentido tiene que ver con hacerse cargo de la propia existencia, con asumir las condiciones específicas en las que nos encontramos, para desplazarlas hacia nuevos modos de presentación.

Por todo esto, habría que tomar con cautela la afirmación según la cual “el sentido potencial de la vida es incondicional: la vida tiene sentido, potencialmente, bajo todas las condiciones y en todas las circunstancias, aún las más adversas” (Frankl, 2000; p. 72). Como he afirmado antes, el sentido no es una propiedad ontológica, sino epistemológica. Depende, en buena medida, de la esperanza de cada cual; del trabajo que se tome para interpretar lo que ocurre a la luz de nuevos presupuestos, cambiando el sentido de las experiencias previas y, muy importante, incorporando un proyecto que pueda ser implementado. Dar sentido, en última instancia, es imaginarse en un futuro posible.

En definitiva, lo que se ha dado en llamar “El Sentido” es más bien, la posibilidad de construir múltiples sentidos. De allí que, tal y como afirma Frankl, podamos hablar de *niveles de sentido*; desde aquel referido a un acontecimiento específico, hasta el que engloba una secuencia completa de eventos. Siempre podremos encontrar un sentido más general que englobe a los más concretos, sin que exista algo llamado

sentido último. En el ámbito de lo humano, la vida es como una película cuyo final desconocemos. Sólo en retrospectiva podemos hablar de su sentido final. Así, aunque la autoconsciencia se presente como la capacidad genuinamente humana, nunca llegaremos, bien lo ha mostrado el psicoanálisis, a ser plenamente conscientes de todo lo que nos rodea. Eso ya no sería humano.

Para finalizar, quisiera destacar la utilidad que el pensamiento de Frankl puede reportar a cada uno de nosotros.

*La logoterapia no es una doctrina que se endosa a alguien; no es una imposición, sino una oferta. La logoterapia no se parece a un bazar oriental donde se engatusa al cliente para que compre; se parece más a un supermercado, que el comprador recorre velozmente para escoger lo que pueda necesitar (Frankl, 2000; p. 78).*

Veán cuán en sintonía está la descripción que Frankl hace de su modelo con la imagen que puede tenerse del mundo en el cual vivimos. Con la ruptura de los grandes relatos, evento conocido como postmodernidad, cualquier idea de verdad absoluta ha perdido validez, para dar paso a formas locales y contingentes de entender aquello que necesitamos. De manera que ¿en qué consiste el bienestar de una persona concreta? ¿en el progreso material, en el establecimiento de vínculos estables, en la individualidad radical? Intenten fijar una posición al respecto, o sobre cualquier otro tema, y bien pronto encontrarán grupos que defiendan su postura, junto a muchos otros que se le oponen con infinidad de argumentos.

Hoy más que nunca, cada uno de nosotros está confrontado a construir, y asumir, un sentido para su propia vida. A diferencia de las sociedades tradicionales, diseñadas para imponer a cada integrante de la comunidad un guión de vida preestablecido, nuestra sociedad se caracteriza porque cualquier sentido único y general ha estallado en mil pedazos. Lo que es bueno para mí, podría no serlo para el que está al lado. Algunos piensan que este proceso de disolución ha terminado de afianzarse con el advenimiento de las telecomunicaciones, y del intercambio continuo que sus medios generan (véase Gergen, 1992):

nuestras más profundas convicciones han devenido opiniones posibles dentro de esa inmensa aglomeración de discursos conocida como 'la red'.

Sobra decir, entonces, que vivimos una época compleja. El sentido de la vida no es sólo crecer, estudiar, casarse, trabajar y tener hijos. A este proyecto se le añade la posibilidad de configurarse en función de intereses individuales. Colocando un último ejemplo, incluso el hecho de ir a un supermercado, si se realiza de modo hiperconsciente, puede tornarse un agobiante proceso de toma de decisiones (¿alimentos naturales o procesados?, ¿bajos en grasa?, ¿cultivados en el campo, hidropónicos o transgénicos?). La existencia humana, a estas alturas, es una apuesta por uno de los múltiples sentidos posibles. Son muchas las alternativas y la validez de cada una carece de garantía objetiva.

Notarán entonces que el siguiente slogan: "el sentido está, existe y tu tarea es solamente encontrarlo", bandera de un grupo de logoterapeutas, resulta ingenuo si se toma al pie de la letra. Lo trágico de la condición humana se halla, precisamente, en que el sentido de la existencia, de hecho, no está; se encuentra en un no-lugar, esperando a que cada individuo lo entresaque a partir de lo que dice de sí y de lo que son sus circunstancias. Que el ser humano se caracterice por la voluntad de sentido no implica que el sentido exista de modo objetivo; se "extrae" a la vez que se impone en cada situación. Si el sentido se encontrara allí afuera, acabado, la función de la logoterapia se reduciría a "mostrar" a las personas aquello que ha sido desde siempre. Sin embargo, la presente lectura ha intentado argumentar en favor de un uso más amplio de este modelo, a saber, servir de guía dentro de un marco sociocultural que se caracteriza por la pluralidad.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Desiato, M. (1999). *Feuerbach y el rescate de la corporalidad*. Caracas: UCAB.
- Frankl, V. (2000/1984). *El hombre doliente: fundamentos antropológicos de la psicoterapia*. 4ª ed. Barcelona: Herder.



Gehlen, A. (1988). *El hombre*. Salamanca: Sígueme.

Gergen, K. (1992). *El yo saturado: dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. 1ª ed. Barcelona: Paidós.

Oro, O. (1989). La logoterapia y los modelos psicológicos. En: *Logoterapia: tercera escuela vienesa de psicoterapia*. Caracas: Cato educadores asociados.

Ricoeur, P. (1998/1976). *Teoría de la interpretación: discurso y excedente de sentido*. México: Siglo Veintiuno.